



# EL REY TRASGO

- LA CIUDADELA Y LA MONTAÑA -

Alberto Morán Roa

© El Rey Trasgo. La Ciudadela y la Montaña.  
© Alberto Morán Roa  
Autor representado por ZW Agencia Literaria

© Presentación: Fernando Martínez Gimeno  
© Ilustración de portada e imágenes de interior: Barb Hernández  
([www.estudiovirgulilla.com](http://www.estudiovirgulilla.com))

Corrección y maquetación: Kharmedia  
([www.kharmedia.es](http://www.kharmedia.es))

Primera edición: Julio 2012

© Kelsonia Editorial 2012  
Apartado de correos 56. 46133. Meliana (Valencia)  
[kelonia.editorial@gmail.com](mailto:kelonia.editorial@gmail.com)  
[www.kelsonia-editorial.com](http://www.kelsonia-editorial.com)

ISBN: 978-84-939945-2-5  
Depósito legal: V-1907-2012

ELREY  
TRASGO  
- LA CIUDADELA Y LA MONTAÑA -

Alberto Morán Roa



A María Eugenia, por todas las aventuras  
que hemos vivido y las que están por venir.  
Te quiero.



# PRESENTACIÓN

POR FERNANDO MARTÍNEZ GIMENO

Siempre que me siento delante de una nueva historia, de un nuevo libro, lo hago con la mente abierta y sin prejuicios a lo que me espera. Y digo esto de los prejuicios, porque no soy un lector afín a la literatura de fantasía, o para ser más exactos no lo era hasta hace poco tiempo, y parece que la gente es reacia a adentrarse en mundos inhóspitos, con criaturas increíbles, guerreros de capa y espada y todo tipo de magias. Es cierto que quizá la sombra de Tolkien es alargada y se puede llegar a pensar que leídas las aventuras de los habitantes de la Comarca, leídos todos. Y andar por la vida con prejuicios no suele dar buenos resultados, o puede hacer que te pierdas muchas cosas en tu camino vital.

Desde hace ya unos tres o cuatro años, quizás algunos más, sí estoy viendo una nueva corriente de autores que se siguen atreviendo a cultivar sus novelas dentro del campo fantástico y eso hace que un lector ávido de retos como soy, quiera averiguar por sus propios ojos qué está cociéndose en el panorama fantástico español, y despojándome de esos prejuicios he podido descubrir ya no buenas historias, sino escritores que saben y logran que viaje por los mundos y reinos que dibujan con sus palabras. Podría nombrar un buen puñado, pero serían MIS libros, y a buen seguro que a vosotros os podrían gustar otros. No hay problema. La fantasía es tan extensa en cuanto a personajes, bestias, magia y paisajes como quiera vuestra imaginación.

Y la imaginación es el arma más poderosa con que contamos los lectores a la hora de enfrentarnos a las aventuras que estos osados escritores tienen a bien traernos, en sus páginas, como antiguamente hacían los juglares en épocas pretéritas. Y asimismo el esfuerzo que deben hacer estos autores para lograr transmitirnos las imágenes que su imaginación les ofrece hace que la escritura sea un reto, que tiene su recompensa en la lectura y satisfacción de la persona que lo lee.

Llega ya el momento de presentar a una de esas historias que ha hecho que mi apetencia hacia la fantasía de autores castellanos vaya en aumento, y justo en las fechas en las que se va a publicar va a hacer dos años que conocí al Rey Trasco bajo la tutela de Alberto Morán Roa, con el que bastaron un par de emails para que me contagiara sus ganas de saber más de su figura. Y así nos pusimos en marcha, lo leí, lo trabajamos y a partir de ese momento, Alberto viajó en busca de alguien que fuera tan osado como para dar a conocer a este peculiar personaje, así como las batallas y aventuras que viven sus protagonistas. Tras un largo camino, el entusiasmo de Alberto se conjugó con la confianza de los chicos de Kelonia Editorial y el producto de toda esta química es la novela que tienes entre las manos.

He tenido la suerte de poder leer de nuevo las páginas de *El Rey Trasco*, no solo para refrescar mi memoria con el fin de realizar este prólogo, sino para ver cómo Alberto no ha parado en estos dos años de mejorar la historia, de ir creciendo como autor e ir aplicando todo lo que iba aprendiendo a su manuscrito. Y no solo diré que estoy satisfecho del resultado, sino que estoy orgulloso de Alberto por su crecimiento en el mundo literario, y espero que posteriores volúmenes de esta historia sigan su desarrollo progresando adecuadamente.

Como lector no soy partidario de prólogos que expliquen detalles de lo que está por llegar, prefiero irlos descubriendo por mi cuenta y riesgo, ni tampoco me gustan los prólogos que aprovechan la ocasión para darnos una clase de teoría del tema que toque en ese momento. Prefiero aquellos que te van permitiendo acomodarte en el sillón, tener todo a mano, que no es plan de irse levantando cada dos por tres, y menos si la historia es de las de agarrarse y no menearse, en cierta forma, como los cinco primeros minutos de un cine que va atenuando sus luces para dar paso a trailers de otras películas o anuncios, para que los espectadores vayan ocupando sus asientos. Así pues, mi prólogo



quiere permitirte que te ajustes las correas, te coloques los guanteletes, afiles tu espada y arregles tu montura (a elegir entre un grifo, un draco o una wyverna), para que una vez llegues al punto final de este apartado, te adentres en el corazón de los reinos que conforman la novela, subas a la Ciudadela y te prepares como soldado de esos reinos para meterte de lleno en la batalla, y conocer a personajes como Keilan o Tobías.

Alberto Morán Roa os ha preparado un suculento manjar, que ha dejado macerar durante un buen tiempo, ha sabido aliñarlo con salsas exóticas, salpimentarlo con mil y una especias y presentarlo como todo buen chef sabe hacer, con cariño.

Espero que tengáis ya abrochadas vuestras armaduras, sujetaos bien, porque estáis a punto de traspasar la línea que delimita los Tres Reinos.

¡Buen provecho!

Pd. No querría dejar de agradecer a Alberto toda la confianza que tuvo en mí para darle un primer empujón al Rey, y por supuesto, que haya dejado que este humilde lector prologue su estreno en el mundo literario; asimismo a la editorial, por permitirlo. Gracias, y siempre juntos en la batalla.

*«Que no te arredre la grandeza: unos nacen grandes,  
otros alcanzan la grandeza y a otros la grandeza les  
es impuesta».*

William Shakespeare, *Noche de Reyes*



# PRÓLOGO

## CANCIÓN DE LOS TRASGOS

*Cuando el soldado era joven y galán  
vino el trago y le pidió un poco de pan  
el soldado le pegó en la cabeza  
y el pequeño trago se escondió en la maleza.*


*Cuando el soldado era adulto y fuerte  
vino el trago y le pidió unas cuantas nueces  
el soldado le pegó en las posaderas  
y el pequeño trago se escondió en la madriguera.*

*Cuando el soldado era maduro y diestro  
vino el trago y le pidió un poco de queso  
el soldado le pegó en el cogote  
y el pequeño trago se escondió en el bosque.*

*Cuando el soldado era anciano y enclenque  
vino el trago y en la pierna le hincó el diente  
en un santiamén entero lo devoró  
y el pequeño trago rio, rio y rio.*

Rima infantil esidiana





# CAPÍTULO PRIMERO

## UNA CIUDAD QUE FLOTA EN EL CIELO

*En el que conocemos a nuestro protagonista  
y el increíble lugar que habita*

«**E**l dragón se alzaba ante el caballero, llenando la colosal estancia de piedra con sus alas membranosas. Refulgían a su alrededor los doblones de mil reinos, con los rostros de monarcas de lejanas tierras finamente grabados en ellos; tan puro era su oro que en gualda convertía la débil luz que se filtraba en la caverna. Los desgastados cráneos de los caballeros que habían desafiado a la bestia, aún cubiertos por celadas antaño brillantes y con arañas asomando por sus cuencas vacías, alfombraban el suelo de piedra. ¿Cuántas vidas ejemplares habrían encontrado su fin bajo el fuego abrasador y las garras de aquel ser? ¿Cuántas doncellas llorarían en sus torres de ladrillo la muerte de sus adalides, que partieron dejando flores y poemas en sus alcobas? ¿Cuántos pendones ondearían a media asta, cuántas heráldicas se cubrirían con un velo negro en señal de duelo, cuántos barones contemplarían las tierras que habían quedado sin heredero?»

»El caballero tomó una bocanada de aquel aire frío y húmedo. Después contempló al monstruo que se erguía ante él. Sobrepasaba las diez yardas de altura, aunque su tamaño era difícil de estimar en las tinieblas de la gruta. Sus ojos centelleaban como dos estrellas rojas en

el firmamento, apuntando hacia el intruso con una mirada que destilaba desprecio. El dragón agachó la cabeza hasta dejarla por encima de la del caballero, que pudo apreciar con detalle los terribles rasgos que la componían: las escamas duras como la roca, los enormes dientes asomando sobre las comisuras.

—Te diré lo que a todos aquellos que se adentran en mi morada, paladín —habló el dragón, con una voz que hizo temblar las placas de la armadura del caballero, no así su cuerpo—: me es indiferente si buscas gloria, oro o aventuras. No me importa tu procedencia, ni los motivos que aquí te traen, ni cuánto necesita tu linaje una hazaña que narrar en sus salones, tal es tu insignificancia. Sin embargo, los siglos han diluido el placer que solía proporcionarme la matanza, y el regocijo que me producía sentir sangre noble por mi garganta ya no es tal, sino desidia. Solo encuentro placer en la contemplación y en el brillo del oro que me traen los aldeanos para aplacar una ira que, ignoran, fue barrida hasta desaparecer por la brisa de los años. Así, si estás dispuesto a que tus quimeras te lleven a la muerte, no tengo reparo en proporcionártela; mas si marchas ahora, y sensata sería tu elección, no te detendré. Yo retornaré a mis pensamientos y tú, a tus tierras. ¡Di, una vez en casa, que acabaste con la bestia! ¡Disfruta de la gloria y el honor! ¡Vive! ¡Festeja y porta con orgullo el nombre que se te dará! ¡Matadragones! —hizo una pausa—. Márchate o la mía será la última voz que oigas.

—No te temo —dijo el caballero mientras desenvainaba la espada que llevaba al cinto—, pues si debo morir, así sea. Prefiero el Abismo a la deshonor de regresar sin combatir y a la vergüenza de atribuirme proezas que no he conquistado. Me insultas al creerme capaz de tal cosa, aberración, criatura, ¡engendro!

»El dragón no se molestó en decir más y golpeó al visitante con su colosal garra, que surgió de entre las sombras como una jauría de lobos cazando en la noche. El caballero apenas tuvo un instante para reaccionar, pero lo aprovechó: alzó su escudo y detuvo el golpe, aunque la fuerza del impacto fue tal que lo hizo caer y rodar. Le tranquilizó comprobar que el brillo de su armadura aún era blanco. Recordó las palabras del hada: de tornarse rojo aquel fulgor, la magia que lo encantaba estaría a punto de desvanecerse, y entonces el héroe solo sería carne cubierta de capas de acero y malla. El dragón levantó la zarpa, dispuesto a aplastar a su adversario, pero este supo anticipar el

movimiento y apuntó con su espada hacia el techo de la caverna en el instante en el que aquellos tres dedos se cernían sobre él.

»Cuando el acero hechizado atravesó escamas y carne por igual, el monstruo profirió un aullido que sacudió su morada hasta desprender del techo varias formaciones de piedra. Cuando apartó la dolorida garra de su oponente, este se abalanzó hacia donde, adivinó, se encontraba el pecho de la criatura. Sin embargo, veloz fue la reacción del dragón, que desató el ataque que había convertido a su especie en leyenda: un hálito de fuego que engulló al paladín. Tan intenso era el calor que el héroe dejó escapar un grito y apretó los dientes. Quien se había dirigido a la carrera hacia su presa, arrastraba ahora los pies; pues avanzar bajo el torrente de llamas era como caminar con una tempestad en contra. El monstruo, en cuyo corazón lleno de odio ya no había sitio para el desprecio, continuó vertiendo fuego.

»El caballero gimió. La armadura mágica le había salvado la vida hasta entonces, pero el calor ganaba intensidad a cada instante. La sensatez le ordenaba rendirse, abandonar la descabellada empresa que lo había conducido a aquella cueva y suplicar piedad a la bestia. Pero al mismo tiempo, su corazón gritaba palabras de ánimo. “¡Adelante!”, bramaba. “La victoria está cerca, ¡solo te resta reclamarla! ¡Sigue avanzando y haz tuyo el honor de acabar con el dragón!”.

»El caballero lanzó un nuevo grito, no de dolor, sino de desafío. Sacó fuerzas de lo más profundo de su alma no encontrándolas en sus doloridos músculos, y empezó a avanzar cada vez más rápido con zancadas cortas... para acabar corriendo cubierto por su escudo y con la espada lista para la estocada.

»Su mente quedó en silencio: solo estaban él, el acero que empuñaba y su enemigo. No existía el dolor. Tampoco el calor. Ni el mundo. Solo él y el dragón.

»Su escudo chocó contra una superficie dura como la piedra. Sintió el golpe a través del brazo que lo sostenía y supo que había llegado el momento. Su espada y él estaban listos. Lanzó su brazo derecho hacia delante con un último alarido y hundió aquel filo, encantado por palabras de un idioma perdido y templado en aguas de otros mundos. A través de escamas, músculo y carne, hasta llegar al palpitante corazón.

»Y entonces, el torrente de fuego cesó. El caballero abrió los ojos despacio: su brazo estaba hundido hasta el codo en el pecho de

la criatura, cuya grave voz se quebró por el dolor hasta convertirse en un ensordecedor berrido animal. El monstruo agachó la cabeza y miró a su rival por última vez. Aquellas esferas rojas transmitían algo que la criatura jamás había sentido en siglos de existencia, algo tan primario y a la vez tan desconocido: miedo. Exhaló un último aliento y se derrumbó, haciendo temblar la cueva una vez más. Sus alas cayeron con lentitud sobre las colinas de oro que lo rodeaban, envolviéndolas como el manto de la noche y privando a su morada del majestuoso brillo. Así, solo quedaron dos luces en las tinieblas de la caverna: el débil resplandor blanco de la armadura del caballero y los ojos del dragón. Cuando estos se apagaron al fin, el héroe extrajo la espada, cubierta como estaba de un espeso líquido púrpura, y permaneció quieto, sumido en la oscuridad. Su viaje había terminado».

El alférez Kaelan Eranias cerró su libro de aventuras y miró la portada con el afecto que habría dedicado a un niño, enternecido por su candidez. Las ornamentadas letras de color dorado brillaban sobre la piel de la cubierta como las monedas del cuento, y el tacto frío de las esquinas de plata le recordaron a la armadura de su heroico protagonista. Amaba aquellos relatos inocentes, imposibles: historias de caballeros y princesas, de dragones y ogros, de leyendas fruto de la realidad, la fantasía o el vástago de ambas. Recordó con apego la primera narración de la que tenía memoria, en la que un troll rondaba por el bosque en busca de doncellas y muchachos incautos a los que cocinar en su roñoso caldero. ¡Cómo le asustaba de niño imaginar aquella velluda figura rondando entre los árboles, olfateando el aire en busca de presas! Cuando iba por leña lo hacía con el hacha en alto y caminaba despacio, para que el crujir de la hojarasca no alertase al monstruo que quizá moraba en aquel lugar. En el cuento, un grupo de aventureros decidió poner fin al antropófago y partieron en su búsqueda para darle caza; solo uno sobrevivió, el más puro de corazón, que hundió su daga en la sien del troll hasta que solo cruz y empuñadura sobresalieron del cráneo. Kaelan supo entonces que el valor prevalece, que el honor triunfa y que hasta el miedo encarnado puede morir. Aprendió bien y no olvidó.

La amistad de su padre con un comandante al que salvó la vida durante la Guerra de la Gran Frontera —en la que el imperio de Kara expandió sus fronteras hacia Esidia mediante el derecho incontestable



que otorga el acero—, le permitió ingresar en una academia de la región. Era pequeña y húmeda. Las mañanas resultaban frías tras pernoctar en camas de paja, pero las ratas no eran muy grandes y una vez a la semana había estofado con el que calentar las tripas. No le faltaron pequeños privilegios, de los que solo le importó uno: poder llevar consigo un puñado de aquellos preciados tesoros de papel cuando tuvo que abandonar su hogar. Entre lecciones de espada y ratos libres limpiando los establos, incluso durante algunas guardias nocturnas —cuando los jugos fermentados garantizaban que los oficiales no despertarían—, leía aquellos cuentos bajo los rayos del sol o a la luz del candil, lo que se terciase. Disfrutaba al susurrar el pasaje en el que los lobos se reunían alrededor del anciano chamán para ayudarlo a predecir el futuro, cuando los tritones asistían a las víctimas de un naufragio o cuando el caballero de brillante armadura conseguía acabar con el dragón. Nunca dejó de hacerlo.

Suspiró con cariño y dejó a su viejo compañero en la estantería de roble de sus aposentos, donde descansaban ringleras de cuero y piel, una legión de veteranos que nunca se cansarían de contar sus batallas sin pedir nada a cambio. Los miró una vez más, de izquierda a derecha, y se restregó el rostro con energía, sintiendo la aspereza de su corta barba en las yemas de los dedos. La lectura era el bálsamo que lo reconfortaba y que llenaba su alma de ilusión, pero no era el momento ni el lugar de ensoñaciones. Había trabajo que hacer y un imperio que derrotar.

Cerró la puerta de su cuarto con cuidado de no hacer ruido y se adentró en la galería que comunicaba el ala de los oficiales con la sala de mando. Caminó bajo la mirada de los hombres que habían conseguido, sudor e ideas mediante, el sueño imposible que durante años fue la Ciudadela. Individuos legendarios que escrutaban a quienes recorrían aquella sección desde sus lienzos enmarcados; rostros serenos pero orgullosos en cuyos ojos aún podía leerse una firme convicción. Observó los retratos que se sucedían conforme avanzaba, repasando a través de ellos la breve historia del mayor hito de la humanidad: Félix Adaros, el primer hombre en pisar aquella gigantesca roca que flotaba a centenares de yardas sobre los yermos de Asir, al oeste de Esidia, privando a aquella tierra de las exiguas caricias del sol. Emmanuel Hëim, que colocó la primera piedra de lo que se convertiría años después en una urbe en la que se mezclarían las distintas sensibilidades

arquitectónicas de sus primeros pobladores. Orakis Nemla, que rechazó con éxito a los piratas de Qoria y murió defendiendo el baluarte interior de los dracos, siniestros depredadores enviados por otros reinos desde los confines del continente. Isaías Ero, que descubrió el núcleo de palpitante magia que latía en su interior. Los reyes de Esidia, Thorar y Ara, que firmaron una alianza por la cual la Ciudadela pasaría a ser un territorio conjunto de los tres reinos con el fin de defenderla del imparable ejército kareense. Y por último, Anasto de Ara. El genio que la convirtió en un arma.

Los soldados que patrullaban aquellos corredores, cubiertos por ventanales curvos y perfumados con los vapores de resinas y mirra, se detenían a saludar a su superior tan pronto lo veían, anticipando su presencia por el característico repicar de sus botas contra el suelo de baldosa. El alférez devolvió cada uno de aquellos saludos con cortesía, un breve ademán y una sonrisa, sin por ello dejar de caminar. No comprendía a los tenientes y comandantes que, con los años, olvidaban el respeto esperable de un oficial hacia sus subordinados; no había motivo para no responder con cordialidad a lo que veía como una señal de respeto, además de una cuestión protocolaria. Cuando llegó al final del pasillo, la seca bienvenida de un toque de alabarda y el saludo del guardia que la empuñaba precedieron a la invitación a cruzar el umbral que conducía a su destino.

La sala de mando era una visión capaz de quitar el aliento incluso a los oficiales más veteranos de la Ciudadela, acostumbrados a merodear por el interior de aquella gigantesca cúpula de cristal. Y es que no importaba cuántos años pudiese llegar a vivir un hombre en aquel prodigio de la ingeniería esidiana y la magia: si flotar hasta casi acariciar las nubes era de por sí una experiencia asombrosa, poder contemplar la Ciudadela en toda su extensión, desde la gran bóveda cristalina de la sala de mando, era un privilegio. Cuando llovía, la estancia entera se llenaba con la música de un continuo repiqueteo y las gotas se escurrían cristal abajo, creando una hermosa cortina de agua; cuando brillaba el sol, en ocasiones sus rayos encontraban un ángulo caprichoso sobre el que incidir y un arco iris se proyectaba sobre el suelo, como si invitase a los presentes a subir a través de él hasta el mismo cielo. Una gran mesa semicircular hecha a partir del tronco de un árbol gigantesco presidía la estancia, rodeada de estanterías y elegantes muebles de madera oscura

que hacían sentir importantes a los oficiales menores y cómodos a los veteranos.

El bullicio de la zona de descarga daba la bienvenida a todo aquel que dirigiese la vista hacia la sección norte, ofreciéndole a cambio de su atención un espectacular trajín que jamás conocía el descanso. En ella, hombres y bestias distribuían a las cuatro puntas de la Ciudadela las ingentes cantidades de suministros que precisaba para su mantenimiento, como si alimentasen a un coloso de piedra. Pese a que sus habitantes llevaban una vida marcada por una castrense frugalidad, el número de bocas que alimentar y el continuo uso de la maquinaria requerían un abastecimiento constante. En el pasado se habían llevado a cabo reiterados intentos por cultivar la tierra, pero el sustrato no era más que roca yerma y desnuda en la que nada podría crecer, y las semillas morían entre las grietas sin tener la oportunidad de brotar. Así, en todo momento y sin un instante para descansar, los dracos y los grifos iban y venían: grano y agua al alba, fruta una vez por semana, vino y carne los días sagrados, y metal o madera cuando se requería. Aquel dispendio acarreaba un costo exorbitante para las naciones que la defendían, mayor de lo que cualquiera de ellas habría estado dispuesta a gastar en el pasado. Pero se pagaba con gusto y por buenos motivos.

Sin embargo, en aquel instante, como en las últimas semanas, había menos carros de lo habitual saliendo de los almacenes y las patrullas eran esporádicas y poco numerosas. Aquello no significaba que los graneros estuviesen vacíos o que hubiese el menor atisbo de escasez; muy al contrario, la Ciudadela y sus ocupantes se encontraban sobradamente abastecidos. Varios días atrás, centenares de criaturas entraron y salieron de la zona de descarga como abejas de un panal; se duplicó el número de trabajadores, se ampliaron los turnos y las manos de los guerreros soltaron las espadas y sujetaron arcones, fardos y odres. Un esfuerzo excesivo, si no se estuviesen llevando a cabo los preparativos de una campaña.

La entrada de Kaelan en la sala hizo que varios de los presentes volvieran sus miradas hacia él; otros, los menos, estaban enfrascados contemplando la tierra que se extendía bajo la Ciudadela a través del ingenioso sistema de espejos o repasando mapas llenos de anotaciones y señales. El esidiano dio un taconazo para anunciar su llegada y se dirigió hacia el pequeño grupo de alféreces y tenientes, quienes, como

oficiales de menor graduación, hacían rancho aparte lejos de los comandantes, que conversaban entre ellos en voz baja.

—Buenos días.

—Kaelan, buenos días —saludó Irain Eleo, un teniente esidiano.

Había hecho buenas migas con él desde su primer día en la Ciudadela. Era reservado pero amable, un carácter típico del boscoso sur de la nación. Se tomó la molestia de orientar al recién llegado en vez de unirse al resto de tenientes en su cruel jornada de novatadas. Al igual que él, vestía el uniforme de los oficiales de Esidia: una malla de cadenas cubierta por un jubón que lucía los tres símbolos del reino —la corona, el grifo y el mandoble— unas calzas oscuras y botas curtidas con hebilla de azófar.

—He hablado con los capitanes: los exploradores han regresado hace un rato y confirman que no hay visos de que se esté preparando otro ataque, por lo que podemos seguir avanzando a buen ritmo.

—Eso significa...

—Exacto. —Eleo sonrió de medio lado, como siempre hacía, movido no por el desdén sino por el comedimiento—. Para antes del atardecer habremos llegado a Hasendar.

Kaelan chasqueó la lengua. Sabía, cómo no, lo que ocurriría cuando aquello sucediese.

—Su último bastión.

—Un bastión implica resistencia. Creo que sería más adecuado hablar de un refugio, si un ilustrado esidiano me permite que le corrija —matizó, jocosamente, un oficial originario de Thorar. De cuando en cuando, Kaelan hacía un silencioso repaso de la historia de aquella nación, tratando sin éxito de encontrar algún periodo en el que sus bosques y valles no hubiesen estado teñidos de rojo.

Thorar se originó a partir de una alianza de pequeñas poblaciones unidas para enfrentarse a los saqueadores, los bandidos y las tribus de centauros. Nacida de la necesidad y vertebrada por distintos caudillos, la paz ansiada durante tantos años sirvió de sustrato para una serie de disputas por el control de la nación que degeneraron en una atroz guerra librada puerta a puerta. No pasó mucho tiempo hasta que los recompuestos ejércitos de Thorar, al fin con un mando común, marcharon bajo el estandarte del sol a combatir a cada uno de los pueblos que mantenían viejas rencillas con las sucesivas familias que

ocupaban el trono. Las campañas se sucedieron como estaciones, cada una motivada por una razón que podía ir desde una reclamación legítima al más ridículo pretexto: por todos conocido era el incidente de Agaro, cuando Thorar declaró la guerra a la pequeña nación vecina de Is al cruzar una patrulla de guerreros, sin el debido permiso, la frontera thorense. Aquel suceso se interpretó como una violación del territorio y una declaración de guerra en toda regla: cuatro días de intensa actividad diplomática y decenas de maniobras después, se firmó un tratado de paz entre Thorar e Is y el Jabalí, nombre por el que todo el continente conocía al reino a causa de su ferocidad, bajó los colmillos. No pasó mucho tiempo hasta que volvió a levantarlos.

—¿De cuántas vidas estaríamos hablando? —preguntó Kaelan, prefiriendo no ahondar en las diferencias entre las dos naciones.

—Es imposible calcularlo —respondió Eleo—, pero no hay más que soldados... Ya nadie se refugia en los castillos, saben demasiado bien que siempre vamos a por ellos y que la Ciudadela no hace distinciones entre guerrero y campesino. Por lo que han podido comprobar los exploradores, se trata fundamentalmente de infantería, así que no esperamos problemas. ¡Ah! También afirmaron haber visto alejarse de la fortaleza a varios caballos al galope: parece que los karenses les quitaron las bardas y los dejaron libres para evitarles la muerte... demuestran más aprecio por los animales que por los hombres. Tampoco me sorprende.

—¿Algo que pueda volar?

—Sí, según han informado, hay varias escuadras de wyvernas. Que vengan. Estoy deseando probar las baterías de arpones —añadió el thorense.

—De modo que así termina. —Permaneció un instante en silencio, digiriendo la idea—. Se aproxima el final.

—Su final, sí. Después de tantos años... ¿Cuánto tiempo hemos esperado este momento?

—Mucho. Demasiado.



*El pasado de la Ciudadela*

Kaelan recordó un instante. Tenía nueve años y Esidia libraba la Guerra de la Gran Frontera. Su madre y él recibieron noticias de que su padre aún vivía, pero había sido hecho prisionero por el ejército kareense, una hueste que superaba en todos los aspectos imaginables a cualquiera de sus enemigos, entre los que se incluía el talentoso pero reducido ejército de aquella nación norteña. ¿De qué servía su dominio de la espada, si por cada escuadra de esgrimistas esidianos desplegaba Kara cuatro cohortes de piqueros, tan bien armados como alimentados? ¿Qué importaba la cultura que se respiraba en las capitales de Esidia, el saber que se encerraba tras sus muros, si estos caían igual que la más ridícula palloza bajo el poder del Imperio? Pese al dolor que se instaló en los corazones de Kaelan y su madre, la inminente firma de un armisticio —*rendición sin condiciones*, lo llamaron algunos—, arrojó un rayo de esperanza. Dos meses después, recibido con lágrimas y gritos de alegría, su padre volvió a casa. Derrotado, exhausto, desgastadas sus ropas y vacío su zurrón, sucio por las penurias y el camino, pero vivo. Kaelan corrió a abrazarlo y sintió húmedas aquellas mejillas cubiertas por una tupida capa de pelo castaño, así como el subir y bajar del huesudo torso con cada sollozo de felicidad. Miró el rostro para reconocerlo tras tanto tiempo y un único ojo le devolvió la mirada; en la cuenca vecina, solo cicatriz. El alarido que siguió a aquel descubrimiento, unido a la visión de su hijo retrocediendo con el rostro desencajado de miedo, provocó que una parte de su alma se quebrase.

Por aquel entonces, la Ciudadela no era más que un pedazo de roca flotante que se defendía a duras penas de quienes pretendían reclamarla para sus propios fines.

El imperio de Kara no gustaba de medias tintas en lo referido a la diplomacia. Así que el armisticio no disimuló sobre quiénes eran los vencedores y quiénes los vencidos: el tamaño del ejército esidiano se vio limitado por ley, convirtiéndose en una institución aún más selecta. De modo que cuando Kaelan accedió a la academia de su región la noticia fue recibida con gran júbilo por su familia. Partió llevando solo dos cosas: un saco lleno de ropa y una bolsa con algunos de sus libros. Dos años después, quien entró muchacho salió varón, recibió el título de alférez y un destino: la Ciudadela, donde se estaba fraguando una alianza destinada a cambiar el

curso de la historia. Un pacto que Kara, en su soberbia, ni siquiera contemplaba.

Poco después de que Kaelan obtuviese su rango, tres plumas de cisne se deslizaron sobre un pergamino para alumbrar la alianza de las Tres Naciones. El Grifo de Esidia, el Jabalí de Thorar y el León de Ara olvidaron heridas sin cerrar y odios enconados, y unieron sus fuerzas en una coalición que abanderaba un único propósito: defenderse de Kara, el monstruo que crecía al este alimentándose de reinos a los que devoraba con un hambre insaciable. No les faltaban motivos a los tres firmantes para hacer de tripas corazón y formar un frente común: Esidia sufrió durante la Guerra de la Gran Frontera y aunque el belicismo de Thorar había engendrado numerosos conflictos por todo el continente, no hubiese sido sensato desdeñar a la segunda nación en poder militar. Ara fue un reino próspero y rico durante siglos, pero los sucesivos pactos de no agresión firmados con Kara cerraban una tenaza que amenazaba con exiliar por completo sus fértiles tierras y sus arcas. Tal era la necesidad de un aliado que los términos del pacto fueron tan bienintencionados como difusos, planteando una alianza basada en la cooperación y en la que cada reino contribuiría con todos sus posibles para convertir la Ciudadela en una fortaleza. Todos pensaron en los sinsabores que aquellas vaguedades podían engendrar, pero tanto apremiaba el tiempo que hubiese dado por bueno un apretón de manos.

Kara dio la orden de atacar a las Tres Naciones en cuanto la tinta con la que firmaron su alianza se secó.

Por aquel entonces, cuando la propia guerra parecía sencilla y los hijos la libraban del mismo modo que sus padres y abuelos, marchaban a la batalla hombres, un puñado de caballeros y, si el reino podía pagarlas, criaturas. Kara disponía de los tres en abundancia, todos bien armados y abastecidos: levas y mesnadas le arrojaban sus enemigos, con soldados y acero respondía el imperio. Kara desplegó dos grandes ejércitos: uno a través de las nubes para tomar la Ciudadela y una hueste de tropas de tierra, una masa de metal que avanzaba como un océano argénteo hacia Esidia para convertir en erial su verdor. Pensaron los veteranos oficiales del ejército karence que de ese modo, la Ciudadela se encontraría trabada en combate con los dracos y sus jinetes, de tal manera que no podría enviar refuerzos a los territorios atacados por tierra. Por desgracia para

Kara, el motivo por el que las Tres Naciones tardaron en formalizar su pacto no era de naturaleza diplomática: los habitantes de la Ciudadela habían estado muy ocupados transformándola en un arma que no podía forjarse en yunque alguno.

Ya entonces había pasado mucho tiempo desde que Isaías Ero y su expedición descubrieron que en el corazón de la Ciudadela, rodeado de incontables toneladas de roca, latía un núcleo de fuego azul. “Como si guardase un sol en su interior”, en palabras del pionero. El hallazgo se mantuvo en secreto y solo se dio a conocer a los más nobles comandantes y generales de las Tres Naciones, además de a un reducido grupo de sabios, magos e ingenieros. Estos últimos se pusieron manos a la obra en un intento por analizar y comprender aquel fenómeno, movidos por una curiosidad que ni ellos mismos podían describir, pero que los impulsaba a excavar hasta el centro de la Ciudadela en busca de respuestas. Semanas de estudio arrojaron dos conclusiones: aquella llama era capaz de consumir cualquier sustancia y, lo que era aún más importante, podía dirigirse. Los motivos por los que aquel poder no partía la Ciudadela por la mitad eran un misterio, aunque los hechiceros afirmaron que la roca podía ser de naturaleza mágica, lo que también explicaría su completa esterilidad. No obstante, cuando los líderes supieron del uso que podía dársele a aquel fulgor, acallaron las teorías y se centraron en una consecuencia más pragmática: por una vez, contaban con una ventaja que Kara no podía igualar.

Cuando los dracos karenses se abalanzaron sobre la Ciudadela al día siguiente de la firma del pacto, las Tres Naciones estaban sobradamente preparadas para defender su máspreciado secreto.

Los atacantes esperaban encontrar una posición desvalida, ajada tras años de incursiones y saqueos por parte de piratas y naciones rivales, cuyos continuos ataques habrían convertido a la Ciudadela en una debilitada estructura incapaz de defenderse de un asalto a gran escala. Daban por hecho que serían recibidos por destartaladas milicias de arqueros, quizá por un par de catapultas pegadas con brea: nada capaz de hacer frente a los disciplinados jinetes y sus voraces monturas, azotadas por el hambre insaciable que bulle en el interior de todos los dracos. Sin embargo, en cuanto avistaron las disciplinadas patrullas de grifos esidianos que sobrevolaban el perímetro, supieron que



aquella misión les deparaba un destino más aciago del que les habían prometido.

Cuando se hubieron aproximado lo bastante a la magnífica Ciudadela como para dar comienzo al ataque en picado, oyeron el chasquido de decenas de gruesas cuerdas y una tormenta de virotes se precipitó sobre ellos. No tuvieron tiempo de reaccionar más que con gritos y violentos tirones a las riendas. Los gruesos proyectiles, tan grandes como mástiles, atravesaron de lado a lado a monturas y jinetes por igual. Cada vez que un cuerpo escamoso se precipitaba hacia tierra, su caída era acompañada por los gritos de victoria de los defensores, que se apresuraban a colocar nuevos virotes en las ballestas construidas semanas atrás, en anticipo a la acción de Kara. Los dracos vacilaron en su ataque y retrocedieron con la esperanza de quedar fuera del alcance de las armas para así poder flanquearlas, pero entonces el cielo se cubrió de oscuras nubes de tormenta. Ocultos en el interior de una torre blanca, los más prodigiosos magos recitaban hechizos que invocaban a la tempestad, a la lluvia y al rayo. Sus ojos brillaban con el poder de sus conjuros y sus voces tañían al entonar cánticos en idiomas extintos. Instantes después centelleantes relámpagos surgieron de las nubes y alcanzaron a los dracos, quemando sus entrañas y cocinando a los karenses dentro de sus intrincadas armaduras.

Los escasos supervivientes detuvieron en seco a sus monturas, dieron media vuelta y huyeron aterrorizados mientras sus cuernos de batalla proferían gemidos de retirada. Una segunda ola de virotes y una patrulla de grifos dieron cuenta de hasta el último de los dracos que huía en desbandada. El cielo permaneció en calma una vez más y las nubes de tormenta se disiparon, dejando que el sol bañara el mundo de luz. El ataque aéreo de Kara había fracasado estrepitosamente poco después de empezar. En el interior de la sala de mando, Kaelan y el resto de oficiales aullaron de alegría y alabaron el esfuerzo de sus tropas con gritos y gestos de ánimo. Los cadáveres de los dracos que cayeron sobre la Ciudadela fueron arrojados al vacío y los pocos guerreros que habían sobrevivido, hechos prisioneros. Sin embargo, la alegría de aquel primer triunfo no llegó a embriagar a los habitantes de la Ciudadela, ya que aún quedaba una amenaza de la que debían hacerse cargo: el ejército imperial.

Las cien mil picas de Kara marchaban hacia Esidia.



*El líder de los ejércitos de Thorar*

Kaelan retomó el contacto con el presente cuando el corro de oficiales se abrió para dejar sitio y saludar a Larj de Ithra, el comandante thorense de la Ciudadela. Sarmentoso y vivaz, de gesto adusto bajo cabellera de carbón. Tanto contrastaba con la parca indumentaria de los tenientes su traje granate con el emblema del sol, como el brazal que lo protegía desde la muñeca al codo.

El comandante echó un rápido vistazo a todos y cada uno de los presentes, un gesto que repetía siempre que tenía que dirigirse a más de dos personas. El motivo de aquella inquietante costumbre era bien conocido por todos: ocurrió durante una inspección, siendo él aún capitán, cuando un soldado abandonó las filas y se precipitó daga en mano sobre su superior. Por desgracia para el asesino, como suelen recordar los thorenses siempre que surge la ocasión, un capitán solo merece el rango después de haber participado en un número de batallas superior a su edad. Larj de Ithra desvió la hoja con su brazal, y aunque no pudo evitar ser herido —le quedó una cicatriz desde el labio superior hasta la oreja izquierda—, evitó la muerte. Después, ante la impasible mirada de sus hombres, torturó con sus propias manos al sicario hasta sonsacarle de dónde procedía el oro con el que se le pagó. Cuando le dijo todo cuanto necesitaba, le rompió el cuello con gesto desdeñoso y convocó una asamblea para preparar la represalia contra el duque que había orquestado la conspiración.

Esa misma semana, el castillo del noble era una pila de piedras que permanecieron calientes varias horas. Tal fue la virulencia del incendio que consumió todo cuanto había en el interior. Larj de Ithra indicó que las ruinas no debían retirarse, sino que permanecerían allí por el paso de los siglos, como silenciosa advertencia para la nobleza thorense.

—Guerreros —dijo en voz alta. Volvió a observar en derredor—. Como ya han sido informados, nos encontramos en el ocaso de la contienda. La bestia agoniza, pero como buen animal acostumbrado a morder, peleará hasta morir. Sin embargo, no hemos pasado las últimas

semanas a bordo de este peñasco para dejar cabos sueltos o perdonar vidas: estamos ante el final y concluiremos lo que empezamos, hasta las últimas consecuencias. Sé que están cansados... —Hizo otra pausa. Peleó por no desviar la mirada una vez más, pero no pudo contenerse y lanzó un vistazo de soslayo al percibir movimiento por el rabillo del ojo. El jefe de artilleros entregaba un parte a Kais Gaev, el comandante esidiano—. Sé que están cansados, pero este es el último capítulo, en el que pondremos fin a la contienda. Guerreros, el mundo recordará por toda la eternidad lo que hagamos a partir de ahora. Estemos a la altura.

La segunda pausa, más extensa, vino acompañada de un gesto expectante.

—Acompáñenme. Van a recibir sus órdenes.

Dio media vuelta y se dirigió hacia la mesa de comandantes. Los oficiales le siguieron en formación y permanecieron a la espera mientras su superior preparaba las instrucciones, echándoles un último vistazo antes de repartirlas.

Kaelan siguió recordando, conducido al pasado casi sin darse cuenta por el tenue crujido de las hojas al deslizar los dedos sobre ellas.



### *La Masacre Añil*

En tierra, Maximilian Ihaz, general de Kara, levantó el visor de su casco lentamente, con dedos temblorosos y la respiración contenida. Había visto sortilegios capaces de convertir gotas de lluvia en bandadas de cuervos y a monstruos marinos engullir de un bocado un navío de veinticuatro remos, pero no podía creer lo que veía. Apretó las riendas de su caballo con la mano libre mientras las primeras gotas de sudor asomaban por su frente para contemplar el motivo de su asombro. La Ciudadela, aquella colosal roca que no se había desplazado un ápice desde que apareció en el mundo, se movía. Hacia la columna que él encabezaba.

Un aullido unánime de terror escaló desde las filas karenses hacia los cielos, tan profundo y prolongado que los grifos de las Tres Naciones alcanzaron a oírlo desde sus minaretes. Las criaturas respondieron con graznidos de deleite mientras estiraban sus cabezas emplumadas hacia

el cielo, y cuando los soldados oyeron aquellos chillidos, liberaron los gritos de euforia que contenían en sus pechos, orgullosos y desafiantes.

La formación de piedra continuó su avance hasta eclipsar el sol de la vista de los karenses, cubriéndose de un halo ambarino que acentuaba su aspecto sobrenatural. Los guerreros de Kara pasaron del miedo al estupor y permanecieron quietos mirando hacia el cielo como si se estuviese abriendo de par en par. Algunos dejaron caer sus armas. Las divisiones de arqueros y ballesteros colocaron las flechas en posición para sentirse seguros, más que para prepararse ante un ataque, y esperaron.

Ya solo les separaban unas trescientas yardas del vasto ejército y la imagen de la superficie, visible gracias a los espejos de la sala de mando, quitaba el aliento: una ominosa sombra se proyectaba sobre un mar de plata del que sobresalían, como las banderas de barcos naufragados, coloridos estandartes. El enemigo seguía inmóvil, a la espera de una señal que lo llevase a decidir entre huir o luchar.

—Si los cálculos han sido correctos, están dentro de nuestro alcance, comandantes —dijo Irain a sus superiores después de comprobar por tercera vez la correcta calibración de los espejos y la fiabilidad de las estimaciones. Los engranajes de la bitácora alimentaban la expectación con el tintineo de sus dientes y las agujas de los cuadrantes se movían con lentitud, marcando el paso de los segundos—. Esperamos su señal.

Orímedas Xo, comandante de los ejércitos de Ara, miró a sus homólogos. Larj de Ithra repiqueteó los dedos sobre su brazal y asintió. Kais Gaev deslizó la mano por su larga barba cana y también dio su visto bueno, asintiendo una sola vez con la cabeza. Xo se volvió hacia el teniente y tomó aire.

—Dé la orden.

Irain anudó a las patas de un halcón un pergamino con la única instrucción: «Fuego».

La pequeña ave viajó a través de la Ciudadela como una saeta. Voló sobre las nubes de incienso y los arcos de la capilla esidiana, sobre los monótonos barrios de barracones y a través de la alta torre de los magos sin atreverse a acercarse demasiado a aquel pináculo saturado de energía. Finalmente alcanzó su destino, allí donde no podía llegar el canto de los cuernos: la sala subterránea desde la que se controlaban las mismas entrañas de la Ciudadela, donde unas manos ennegrecidas

y nudosas desenrollaron el pergamino con tal mimo, que parecían estar deshojando una flor.

Tras leer el contenido, el oficial bramó la orden a toda la sala y decenas de artilleros se pusieron en marcha sin dilación, accionando pesadas palancas, moviendo poleas y transmitiendo indicaciones a través de unos tubos metálicos que llevaban el sonido a los niveles inferiores.

La sala de mando era un hervidero de miradas expectantes, veloces paseos sin rumbo y respiraciones contenidas, pues se aproximaba el instante que determinaría el futuro de la Ciudadela y el de sus propias vidas. ¿Y si algo salía mal? Tantas posibilidades... un buje mal colocado, una reacción inesperada, un error que los condujese a su perdición. Los ingenieros y magos aseguraban que el margen de error era mínimo, pero el mero hecho de que existiese la posibilidad de fracasar era suficiente para abarrotar el ambiente de una opresiva incertidumbre.

De improviso, el suelo tembló. La sacudida no destacó por su fuerza pero bastó para mover las tazas de las mesas y derramar licores e infusiones sobre la madera. Kaelan percibió un aroma a jengibre amargo emanando de aquellos charcos cuando tuvo lugar un segundo temblor, más violento. Un oficial cayó al suelo y muchos tuvieron que agarrarse a cualquier asidero posible para no correr la misma suerte. Fuera, los grifos se inquietaron, agitando sus plumas y arañando el suelo con las garras. Sin embargo, los hombres no compartían su nerviosismo; al contrario, los ocupantes de la sala de mando respiraban aliviados: si había tenido lugar el segundo temblor y no habían volado por los aires, era una muy buena señal. Después, un crujido intenso y prolongado retumbó como un alud de rocas afiladas y la Ciudadela se estremeció con un terremoto como ninguno de los ocupantes había vivido jamás. Uno de los oficiales rompió a reír, dejando escapar sonoras carcajadas con sabor a miedo. Kaelan estaba agarrado a la balda de una estantería de la que no paraban de caer pesados tomos sobre estrategia, doctrinas militares, adiestramiento y, para su sorpresa, un libro en cuya cubierta podía distinguirse con claridad un escudo con un dragón, símbolo que solía grabarse en las leyendas y cuentos hacia los que tanto cariño profesaba. Antes de que pudiese leer el título, un compendio de mapas cayó sobre él, sepultándolo. Cuando, movido por la curiosidad, se agachó para apartarlos y poder ver el título del tomo, el terremoto cesó.

Los oficiales se miraron los unos a los otros, consternados. Y cuando uno de ellos abrió la boca para decir algo, un eco parecido al tañido de una campana gigante, pero más grave y monocorde, resonó por todos los confines de la Ciudadela. El sonido vino acompañado de una luz añil que bañó la estancia como si se hubiese sumergido bajo el mar. Entonces ocurrió.

En tierra, las tropas karenses habían recuperado cierta compostura y los generales decidían cuál debía ser su próximo movimiento de forma atolondrada. Los arqueros y ballesteros no separaron las manos de sus armas ni sus miradas de los cielos, sin saber muy bien qué podían llegar a esperar. Uno de ellos golpeó con suavidad en el hombro a un compañero para llamar su atención; después, sin mediar palabra, señaló con el dedo hacia la Ciudadela, a un punto de la misma en el que había brotado un brillo cobáltico. Dos filas por delante, un arquero señaló en otra dirección, a un destello de idéntica tonalidad. Después apareció otro. Y otro. Y doce más. Veinte. Así hasta que fueron demasiados para contarlos todos. La parte inferior de la Ciudadela emitía un fulgor azul cálido, casi tranquilizador.

El arquero que vio la primera luz no había terminado de esbozar la expresión de asombro que le provocaba aquella constelación, cuando todos sus compañeros y él mismo murieron.

Las elaboradas armaduras de los caballeros, cubiertas de aristas y pliegues para desviar las flechas enemigas, fueron reducidas a una fina arenisca. Sus caballos apenas tuvieron tiempo de emitir un breve relincho de pánico antes de convertirse en polvo. Los piqueros murieron de pie, haciendo honor a sus juramentos, pero no ensartados por los filos enemigos ni pulverizados por una carga heroica, sino disueltos como figuras de barro sumergidas en un torrente furioso. Los estandartes prendieron con una llama azul que danzó sobre los muertos mientras carne, acero y madera se desintegraban a la vez en aquel infierno añil. Un instante después, la luz se extinguió.

Orímedas Xo se aferró al borde de la pesada mesa de la sala y se incorporó. A su alrededor, los oficiales se miraban entre ellos, sin atreverse a pronunciar palabra. El comandante areense se acercó con lentitud hacia uno de los espejos más grandes, en el que se reflejaba qué había sido del ejército que marchaba hacia Esidia.

Lo que vio introdujo una cucharada rebosante de miedo en su boca seca y entreabierta.

La hierba había dejado de existir. No había ni un tallo. Ni un matojo. Todo cuanto cubría aquella inabarcable extensión de piedra era una fina alfombra de polvo azul que se deslizaba suavemente en algunos puntos, acariciada por la brisa. No había cadáveres, ni armas, ni el más mínimo vestigio de vida. Nada. Aquella división del ejército kareense, resultado de generaciones enteras, había sido borrada de la faz del continente.

Xo dio media vuelta sin dejar de apoyar su corpachón en la mesa y dirigió la mirada hacia la sala, donde sus compañeros y subordinados observaron con expectación aquellos ojos perdidos, delirantes. Tras media docena de profundas bocanadas, el comandante cerró los puños y dejó escapar el grito más alto que jamás había proferido. Un grito que resonó entre las paredes de cristal, y que no tardó en contagiar la alegría de la que iba cargado a todos los presentes.



#### *Los preparativos de la contienda*

La hoja emitió un crujido casi imperceptible cuando los dedos de Kaelan se cerraron en torno a ella. Repasó su contenido con detenimiento, en voz baja. Aquellas letras negras y curvadas le confirmaron que sus órdenes y las de otros tres oficiales consistían en dirigir y coordinar la defensa de las ballestas, las guardianas que custodiaban los límites de la Ciudadela y protegían el interior de amenazas voladoras. No era la tarea más amena y la mayoría de jóvenes guerreros la encontraban más parecida a derribar palomas que a defenderse de un asedio, pero nadie negaba su valía: resultaba imprescindible contar con oficiales supervisando el uso de aquellas grandes máquinas de guerra ya que el ejército kareense había aprendido de sus errores hasta volverse más precavido a la hora de llevar a cabo sus ataques. Kaelan recordó una ocasión en la que utilizaron una pequeña patrulla de dracos sin jinete como señuelo: la euforia por las victorias cosechadas se mezcló en el corazón de los soldados con la impaciencia y sin pensarlo más, arrojaron los proyectiles de toda una sección de ballestas para masacrar al vulnerable grupo de reptiles voladores. Sin embargo, mientras una

nueva lluvia de carne destrozada caía sobre el continente, el grueso de la flota invasora karence atacó el flanco desprotegido de las armas, cuyos artilleros no tuvieron tiempo de recargarlas con nuevos proyectiles. Quince ballestas acabaron convertidas en astillas y más de cincuenta hombres perdieron la vida antes de que los guerreros consiguiesen repeler el ataque en tierra.

—¿Qué tienes, compañero? —le preguntó un alférez cercano. Su acento postizo revelaba un origen areense.

—Debo comprobar que las ballestas de la sección sur funcionan debidamente. ¿Tú?

—Lo mismo, idéntica tarea y sección. Irain estará en la sección oeste él solo y Artan, el thorense, va a coordinar el suministro de proyectiles en las secciones este y norte.

—Pues la norte está casi vacía.

—Sí, pero no quieren que una wyverna se acerque lo bastante como para destrozarse un granero o algo así. Además, así evitarán que se emocione demasiado... creo que ya conoces a Artan. Si se exalta empieza a corregir a los artilleros y a accionar las palancas a destiempo. Así que mejor cansar al perro antes de que empiece a morderle los tobillos a todo el mundo.

Kaelan ahogó una carcajada y dobló el papel.

—Pobre. Él quería probar las baterías de arpones.

—Claro, y utilizar una salva entera en un único objetivo como la última vez.

Kaelan apenas pudo contener la risa y dejó escapar un poco de aire por la nariz.

Larj de Ithra se dirigió hacia los oficiales y carraspeó.

—Eso es todo, guerreros. Queda poco para el ataque: creemos que cuando esté a punto de producirse, soltarán todo lo que tengan sobre nosotros. De modo que quiero que todos estén en sus puestos y listos ante cualquier eventualidad. Aprovechen hasta el momento en el que debemos defender la Ciudadela para comprobar el equipo que habrán de manejar y garantizar que todo esté dispuesto. —Inspiró profundamente y cuando exhaló, en su rostro había dibujada un mohín que se debatía entre la expectación y la prudencia—. Acabemos con esta maldita guerra de una vez.

Sus subordinados saludaron con marcialidad, rompieron filas y se



dirigieron a sus puestos. Irain estrechó la mano de Kaelan antes de irse hacia la puerta que llevaba a su sección.

—Nos vemos en la fiesta —dijo Irain.

—Eh —advirtió Kaelan a su amigo mientras se alejaba—. No des por muerto al cerdo hasta haberlo desangrado.

—El cerdo lleva varios días muerto. Ya solo nos queda pensar en cómo cocinar sus asaduras.

Con aquellas palabras aún en su cabeza, Kaelan acompañó al arense a la salida que conducía al sur de la Ciudadela, dejando atrás la sala de mando hasta llegar al baluarte que protegía los accesos. Cuando los guardias, tras avistarlos, tiraron de las gruesas argollas de bronce y el portón del muro se abrió con un ronco quejido, una ráfaga de aire helado bañó sus rostros dando un rodeo por sus mejillas hasta colarse, ya convertida en brisa, por la nuca.

Afuera, la Ciudadela estaba en calma y decenas de guerreros aguardaban ociosos que se les diese una orden, una instrucción, un enemigo al que combatir para poner fin a la contienda. Kaelan y su compañero recorrieron el camino adoquinado que conducía a la sección de ballestas atravesando los grandes salones, de paredes de roca y techos de paja, en los que dormían los soldados. Una forja cercana despedía un olor acre y tal calor que parecía capaz de quemar la piel. A través del hueco de la puerta pudieron ver a un hombre de espaldas amartillando una pieza candente de la que saltaban chispas con cada impacto: la fragua proyectaba sobre él un brillo anaranjado, como un escudo de luz que lo protegiese de la oscuridad que imperaba en el resto de la cerrada estancia. Más adelante se erigía la muralla que dividía el círculo exterior del interior: una imponente estructura triangular de roca salpicada de torres coronadas por estandartes, atalayas y puestos de vigía desde los que otear el horizonte. Antes de cruzarlo pudieron ver a varios guerreros con ballestas rondando los matacanes y los colosales engranajes que abrían las puertas, más allá de las cuales se extendía el perímetro externo de la Ciudadela.

Su compañero arense era parco en palabras, pero intentó amenizar la caminata charlando sobre su deseo de volver a pescar en la costa de su patria y lo mal que sobrellevaba aquel frío intenso y perenne, tan desagradable en comparación con la benigna primavera a la que estaba acostumbrado. Versó sobre las suaves mareas, la espuma fina

que quedaba en las costas de arena oscura cada vez que el mar hundía sus dientes en la tierra para luego retroceder, acompañado de la letanía melancólica del agua.

Sin embargo, Kaelan solo retenía las palabras a medias, del mismo modo que tras el romper de una ola, únicamente queda un poco de espuma en la costa.



### *La perdición de Kara*

No habían transcurrido ni cinco lunas desde el primer triunfo de las Tres Naciones y los soberanos de cada una de ellas, alentados por el éxito y la posibilidad de acabar con el dominio de Kara por primera vez en siglos, habían otorgado el control a los comandantes de la Ciudadela para que decidiesen cuáles deberían ser las acciones a llevar a cabo para garantizar la paz.

—Me insulta que se contemple cualquier alternativa que no sea un ataque en toda regla —espetó Larj de Ithra, con rabia, a un público temeroso de su ira—. Convertir la Ciudadela en un mero elemento disuasorio hará que nuestros enemigos tengan tiempo para descubrir cómo destruirla. No me cabe duda de que podemos defendernos de un ataque de poca monta como el que repelimos la primera vez, ¿pero qué pasará si deciden lanzar una invasión a gran escala? Ahora que saben a qué se enfrentan, pueden dedicar todos sus esfuerzos a buscar la forma de destruir la Ciudadela o, aun peor, tomarla. Ya tienen la motivación; si además les proporcionamos el tiempo suficiente para pensar y rearmarse, será nuestra condena.

—Saben, por haber comprobado su poder, que la represalia ante cualquier agresión sería terrible —apuntó el comandante areense.

Su sosegada actitud contrastaba con la vehemencia del comandante de Thorar, lo cual hacía que este se molestase todavía más. Sus ropas tampoco podían ser más distintas: el de Ara no lucía la menor pieza de armadura, solo una estola blanca, una túnica de colores claros que disimulaba su rotunda constitución, cinto, calzas y botas

—Estamos de acuerdo en que se trata de un imperio que hace siglos que no da muestras de la menor humanidad, pero no considero

tan estúpidos a sus generales como para llevar a cabo otro ataque abocado al fracaso. Sí, saben a qué se enfrentan, pero nosotros podemos dedicar ese tiempo a fortalecer la Ciudadela, a mejorar nuestras defensas hasta hacerlas inexpugnables. No pueden sorprendernos e incluso si lo hiciesen, responderíamos con diez veces el daño que nos hubiesen causado —se revolvió en la silla y carraspeó. Le incomodaba hablar de venganzas y represalias—. En cualquier caso, creo en la posibilidad de llegar a un armisticio: hemos conseguido una ventaja demasiado grande como para perderla dejándonos llevar por el ímpetu. ¡Nuestra principal preocupación debería ser preservar la Ciudadela, no exponerla a la devastación de una guerra en firme!

—¡No tienes ni idea de a qué nos enfrentamos, Xo! ¡Buena prueba das de ello, con semejantes necesidades! —Larj de Ithra no parecía satisfecho por la aportación de su homólogo. En absoluto—. ¡Devolver el daño, dices! ¿Acaso no lo entiendes? ¡Si vuelven a atacar, lo harán con todo! ¡Sacarán hasta la última wyverna de las montañas para liberar esas bestias sobre nosotros! ¿No pueden sorprendernos, dices? Por si lo habías olvidado, nosotros estamos aquí arriba y no podemos ver qué maquinan. Quizá ya estén manos a la obra, buscando la forma de acabar con nosotros. Utilizar la Ciudadela como perro guardián... no, no necesitamos un perro guardián. ¡Necesitamos un perro de presa!

—¿Y atacar Kara? Quizá necesitas que alguien te refresque la memoria: ¡Kara ocupa casi medio continente!

—Qué magnánimo te muestras con nuestros enemigos, Xo. Qué piadoso y benevolente. Se nota que vuestra paz de pago os ha mantenido calientes y a salvo todos estos años.

El comandante de Ara encajó las palabras con una mueca apenas perceptible, mientras miraba a los oficiales congregados ante ellos.

—Lo que estoy diciendo—dijo Xo con toda la calma que pudo reunir— es que no podemos convertirnos en el que ha sido nuestro enemigo por mucho que le odiemos. Nuestras naciones han sido víctimas durante años, sin embargo, estar en posesión de un hacha no nos convierte en verdugos. Si llevamos a nuestros enemigos la misma muerte y destrucción que hemos sufrido, no haremos más que reemplazar a Kara. Seremos el monstruo al que todos temen.

—Seremos libres —musitó Kais Gaev de Esidia, sin dejar de mirar a la mesa.

Los tres comandantes permanecieron en silencio.

—No estamos votando, Xo —dijo el líder esidiano, mucho más tranquilo que su homólogo thorense. La edad, así como su educación, templaban su ánimo—. No podemos llevar a cabo una invasión como la que estamos proponiendo con el acuerdo de dos naciones y la oposición de una. Somos guerreros, no cortesanos. No podemos ordenar a dos unidades que avancen mientras una retrocede. Pero tampoco nos conviene sentarnos a deliberar ya que cada instante es un regalo para Kara y créeme, preferiría entregarles ese tiempo a los Señores del Averno.

Xo suspiró y oprimió el espacio entre sus pobladas cejas con el pulgar y el índice.

—¿Quién nos garantiza que, después de haber invadido y, si tenemos suerte, derrotado a Kara, no intentará devolver el golpe en el futuro?

—Kara es un tapiz de tierras y reinos tomados por la fuerza durante generaciones. En cuanto el hilo que lo mantiene unido desaparezca, los caudillos locales surgirán como gusanos en un cadáver, hartándose con la carne del imperio muerto. Y nosotros no nos conformaremos con tolerarlo, sino que contribuiremos a que reclamen las tierras que fueron suyas en el pasado —apuntó Larj de Ithra—. De este modo garantizaremos que Kara no resurgirá de sus cenizas y conseguiremos valiosos aliados en el este.

—Además —añadió Gaev—, ese sí sería el momento oportuno para utilizar la Ciudadela como advertencia, como escudo en lugar de como espada. Una actitud pasiva mientras Kara es fuerte nos condenará, pero será muy apropiada cuando nuestro enemigo no sea más que un mal recuerdo en nuestra memoria.

—Casi la mitad del continente... —murmuró Xo.

—Y docenas de fortalezas. Pero si nos movemos de prisa el conflicto estará resuelto en semanas —el thorense no se alejaba de su marcialidad. Para él la decisión estaba tomada y hacía tiempo que por su cabeza no rondaban más que pensamientos prácticos acerca de cómo llevar a cabo el ataque. Le gustaba la sensación de ir dos pasos por delante de los demás.

—No lo hacemos por venganza —dijo Gaev.

En un parpadeo recordó un instante que tuvo lugar durante la Guerra de la Gran Frontera; la sección de un castillo viniéndose

abajo; una criatura que jamás había visto atravesando los escombros y devorando a sus hombres. Los gritos. Quizá se estuviese convenciendo a sí mismo—. Lo hacemos por nosotros y por el resto del mundo. Lo hacemos por un mañana mejor.

—Porque es lo correcto —añadió Larj de Ithra.

—Eso no podemos afirmarlo ahora —matizó el areense. Se apoyó en su codo derecho y se mordió la punta del pulgar—. Eso es algo que se decidirá en el futuro.

—Pero podemos hacer lo que nosotros consideramos apropiado ahora. Recibiré gustoso mi juicio el día de mañana, pero lo haré con la conciencia tranquila —dijo el comandante de Esidia.

Xo echó la cabeza hacia atrás y observó el techo de cristal. El cielo oscuro estaba cuajado de estrellas, que parecían tan cercanas como para cogerlas con la mano. Pensó en su nación y en cómo se reflejaba el cielo de la noche sobre el mar, dando la apariencia de que más allá de la costa se encontraba el fin del mundo.

—Adelante entonces.

Gaev suspiró aliviado y Larj de Ithra agachó la cabeza para ocultar su rostro de satisfacción. «Dos pasos por delante», pensó.

Fue una guerra amarga que cambió el modo en el que las gentes de Kara miraban al cielo. No buscaban en él bandadas de aves que anunciaran los cambios de estaciones o nubes oscuras llenas de agua para sus campos, sino la ominosa silueta de la Ciudadela en su imparable peregrinar hasta el corazón mismo del imperio, deshaciéndolo a su paso. Fue una guerra que introdujo puntas de hielo en los estómagos de generales y aldeanos, de soldados y pastores; que cambió el sentido de las palabras. “*Mañana*” inspiraba terror. “*Horizonte*” desataba el pánico en las ciudades. “*Ciudadela*” hacía que los karenses se arrojasen desde los balcones, abrazados a sus mujeres e hijos.

Pero al contrario que cualquier otro conflicto, fue una guerra sin apenas dolor y solo los combates entre los monstruos de Kara y los defensores de las Tres Naciones concluían teñidos de rojo.

Las ciudades que vertebraban el imperio fueron borradas del continente, consumidas en una llama que convertía a sus víctimas en recuerdos antes de que llegasen a chillar. Así ardió la capital, Kara I’ Thel, y con ella el conocimiento que albergaba su biblioteca y el arte que engalanaba el palacio imperial. Así ardieron los miles de habitantes

de Derz cuando su loco barón decretó que se bajasen los portones y se subiesen los puentes, para que nadie escapase a su deber de defender la ciudad. Cayeron los muros coronados por gárgolas; los castillos que casi parecían empalar al sol con sus torreones; se secaron las cataratas de Gelaid, que se teñían de dorado cuando se nombraba un nuevo emperador.

Tres semanas después del primer ataque de la Ciudadela, el imperio kareense era una sombra de su gloria pasada, un recuerdo cubierto por un sudario de polvo azul del que solo quedaba en pie la fortaleza de Hasendar, donde se amontaban las migajas de un ejército moribundo.



### *La Batalla de las Fauces*

Kaelan se despidió de su compañero y dirigió sus pasos hacia la escuadra de ballestas que había de comandar. Ante él se erguían doce de aquellos ingenios, enormes arcos de madera con cuerdas de navío y ruedas dentadas sobre los que se colocaban los virotes, algunos de los cuales tenían glifos grabados en thorense en sus cuerpos. Había muchos artilleros, la mayoría de los cuales escrutaba las piezas de hierro en busca de alguna tuerca suelta, mientras unos cuantos departían entre ellos o miraban al horizonte, en el que confluían dos inabarcables extensiones de azul y verde. Cuando Kaelan se aproximó hacia los hombres, un joven de aspecto sucio apareció de entre la multitud y saludó al alférez con entusiasmo.

—¡Sargento Samuel Ferio de Thorar, tercera división de ballestas de la Ciudadela de las Tres Naciones!

Tenía el pelo revuelto. Vestía una sencilla camisa de cuero llena de remiendos y, pese a su corta edad, sus manos estaban encallecidas y llenas de arrugas, recuerdo indeleble de innumerables batallas defendiendo la posición, tensando cuerdas y empujando palancas.

—Es un placer, sargento —Kaelan devolvió el saludo e hizo un gesto con la cabeza en dirección a las armas—. ¿Todo listo y operativo?

—¡Todo, mi señor! ¡Hemos revisado cada pieza varias veces y puedo garantizarle que todas se encuentran en perfecto estado!

«Ya me gritan bastante en la sala de mando», pensó para sus

adentros. La efusividad de aquel artillero le recordaba a la suya cuando hablaba con Irain Eleo de lo increíble que era volar por encima de los pájaros, antes de que la rutina diluyese, sin llegar a extinguirlo, aquel entusiasmo.

—¿Por qué no me guía a nuestra posición y me explica, por el camino, qué les tenemos preparado a lo que nos manden de abajo? —acompañó la pregunta con un par de taconazos en el suelo. Sabía perfectamente qué les esperaba en Hasendar, pero quería que el muchacho estuviese ocupado detallándolo y se sintiese útil.

—Claro, señor. Los exploradores han confirmado el avistamiento de varias wyvernas rondando cerca de Hasendar, aunque no han podido acercarse lo bastante como para determinar su número por miedo a comprometer nuestra posición. De todos modos, al tratarse de tales criaturas, hemos preparado los virotos a conciencia: hemos guardado los de madera afilada y hemos preparado unos con ganchos y refuerzo de metal en la punta. También tenemos una escuadra de halcones para nublar su visión y entorpecerlas.

—Curiosa idea, ¿ha sido suya, sargento?

—Sí, señor —dijo exultante—. Me crié en los bosques de Erthru, donde utilizamos halcones y otras aves rapaces para cazar conejos. Si se les enseña a atacar a los ojos, son todo un problema para los animales grandes, ¡mucho más para las wyvernas! Seguro que ya lo sabe, pero como sus labios son tan gruesos, tienen las bridas enganchadas a los extremos de los ojos para que se las pueda controlar; así, si les echamos encima una bandada de halcones... Llevamos semanas educándolos, siempre bajo la supervisión de un oficial, señor.

—Muy bien. Veremos qué tal se portan. Pero espero que les haya enseñado bien, no me gustaría que me atacasen a...

Antes de llegar a terminar la frase, un rugido atroz sacudió los cielos. Una nota tan grave como una avalancha tronó desde las alturas, seguida de un chirriante aullido que horadó los tímpanos. Miles de gargantas contuvieron la respiración al comprobar la macabra amenaza que se lanzaba en picado sobre la Ciudadela: enormes monstruos escamosos y pesados, reptiles con alas donde debía haber patas delanteras y miradas hambrientas en sus densos cráneos.

Wyvernas.

Kaelan se disponía a bramar la primera orden cuando la criatura

que encabezaba la carga aterrizó sobre la Ciudadela, aplastando con su monstruosa garra de tres dedos al sargento con el que había entablado conversación. Le recordó al caballero del cuento, aunque en este caso la víctima del monstruo no se alzó victoriosa sino que quedó reducida a una masa sanguinolenta. El leviatán emitió un terrible aullido, similar al que profirió al descender pero coronado con una nota aún más aguda y rechinante. Kaelan, que había caído al suelo por el impacto y estaba cubierto con los pedazos de aquel pobre muchacho, sintió un escalofrío al comprobar las dimensiones de la criatura. Desenvainó su espada por costumbre, pese a ser consciente de lo inútil del filo frente a semejante oponente, y se incorporó. Se disponía a retroceder sin dejar de mirar al monstruo cuando oyó un silbido grave y una punta gigante de metal asomó con un crujido por la clavícula de aquel ser, que dejó escapar un berrido antes de sacarse el virote agarrándolo con los dientes y tirando de él hacia fuera. La herida no paraba de sangrar pero eso no detuvo a la bestia: dio media vuelta, ajena a las instrucciones de su jinete y se dirigió hacia el origen del proyectil.

La sección sur de la Ciudadela había pasado de la tranquilidad al caos: una docena de aquellas monstruosidades vomitadas por las nubes asolaban la posición, arrancando las ballestas de cuajo con sus poderosas mandíbulas y aplastando cuerpos bajo sus colas y patas. Cundió el pánico. Muchas de las armas que aún seguían en pie quedaron desocupadas al huir los artilleros en busca de refugio.

Kaelan echó un vistazo a la zona, convertida en una pesadilla llena de cadáveres y wyvernas. Una de ellas se precipitó sobre una ballesta con las fauces abiertas, sin reparar en que estaba ocupada: el artillero consiguió accionar el pesado mecanismo justo a tiempo y el virote salió disparado, entrando por la cavernosa boca de la criatura y atravesando su cabeza hasta sobresalir por la nuca, provocándole la muerte al instante. Antes de que el victorioso artillero pudiese celebrar su triunfo, una segunda wyverna se abalanzó sobre él y lo devoró junto a media ballesta de un solo mordisco. Con la boca todavía llena de pedazos de madera, metal y carne, el engendro aulló y oteó la zona en busca de su próxima presa.

Desesperado, Kaelan miró a su derecha y vio una ballesta cargada. Avanzó hacia ella dando zancadas, esquivando los cuerpos de sus compañeros caídos mientras juraba venganza por cada uno de ellos.



Cuando llegó al mecanismo que accionaba el arma se planteó por un instante hacia dónde disparar, pero comprobó que poco importaría: allí donde dirigía la vista había una wyverna hartándose de carne, machacando las defensas que aún resistían o dirigiéndose hacia la muralla, donde las criaturas eran recibidas por andanadas de flechas que rebotaban sobre sus escamas. Rogando suerte al destino, tiró del mecanismo y un temblor sacudió el arma cuando el proyectil la abandonó a toda velocidad. El virote viajó varias yardas y atravesó la membrana del ala de uno de sus objetivos, yendo a clavarse en el ojo de una wyverna que había agachado la cabeza para devorar a un grupo de artilleros muertos. Kaelan se permitió un breve gruñido de victoria entre dientes y buscó otra ballesta que solo precisase de un par de manos para cobrarse la vida de otra de aquellas criaturas, cuyos estruendosos gritos hacían que hasta mantener el equilibrio resultase difícil.

A unas veinte yardas de distancia encontró la candidata adecuada: estaba torcida y había sido sacada de cuajo del soporte sobre el que giraba, pero aún parecía funcionar. Kaelan volvió su cabeza en todas las direcciones en busca de ayuda. Un guerrero acorralado por una wyverna había apoyado varios virotes sobre una pila de madera, como las picas de una empalizada: ni el monstruo conseguía llegar a su presa ni el soldado era capaz de alcanzarla con su filo, por lo que ninguno podía deshacer aquel macabro empate. Otro superviviente se ocultó bajo los cadáveres aún calientes de dos compañeros, temblando como una hoja. Uno de los monstruos lo vio revolverse y su ojo avizor se vio recompensado con tres cuerpos que llevarse a las fauces.

El alférez esidiano concluyó que si quería llegar hasta la ballesta, debería hacerlo solo, de modo que reptó varios metros entre los cuerpos inertes de sus hombres para no llamar la atención. Se preguntó dónde estaban los refuerzos, pero entonces recordó que en la sección sur solo había aterrizado una fracción de la fuerza de ataque: las restantes zonas tendrían sus propios problemas. Cuando apenas quedaban cinco yardas para alcanzar su objetivo, la impaciencia se impuso a la precaución y echó a correr hacia su meta. Un jinete se percató del movimiento y dirigió su montura hacia él. Kaelan agarró el manubrio de hierro con ambas manos y empujó con todas sus fuerzas mientras el monstruo avanzaba cada vez más deprisa hacia él. Era un blanco fácil... hasta que el jinete tiró de las riendas hacia atrás y la wyverna levantó el vuelo.

La astuta maniobra desoló a Kaelan: la ballesta era demasiado pesada para que un solo hombre cambiase su ángulo de inclinación con tanta premura. Abatido pero cabal, el alférez asumió que iba a morir y decidió que si tal debía ser su destino, al menos se llevaría a otro de aquellos engendros con él. Apuntó hacia el montón de alas y escamas, hizo acopio de fuerzas y dio el último empujón a la pieza. Las ruedas dentadas de la ballesta giraron unas contra otras con un grave crujido.

En ese instante algo empujó a Kaelan desde atrás.

Desprevenido, el alférez se precipitó de bruces contra los engranajes en movimiento. Su instinto de supervivencia se puso en marcha antes de que la razón fuese capaz de contener sus acciones y estiró los brazos para amortiguar la caída, yéndose a meter el izquierdo en el hueco entre engranajes un suspiro antes de que los dientes terminasen de encajar.

Kaelan no pudo reprimir un alarido de dolor cuando la rueda mordió su brazo como si lo hubiese introducido en las fauces de un monstruo hecho de hierro. Tampoco pudo contener las lágrimas, que manaron salvajemente mientras un dolor atroz le atenazaba hasta el hombro. Miró a sus espaldas y vio a un soldado kareense: su wyverna debía haber muerto a causa de un proyectil pero la caída no había bastado para acabar con la vida del jinete. Kaelan lo observó durante un instante que le pareció toda una vida mientras su cabeza empezaba a dar vueltas. Aquel enemigo había perdido el casco y su cabello lacio caía sobre su rostro amoratado. Vestía una armadura de placas metálicas con alas membranosas grabadas en las coderas y la cruz de Kara en el plexo solar. De su cinto pendía la funda de una espada cuyo pomo de acero, una gruesa perla de metal, brillaba con un destello que parecía propio; sus botas, que casi llegaban a las rodillas, eran de cuero curtido. Respiraba como lo haría una bestia a punto de embestir y sus ojos aunaban el odio hacia su enemigo con la satisfacción gélida de verlo indefenso y mutilado. Kaelan sintió frío en el pecho y calor en la cabeza, y su visión se nubló. Intentó agacharse al suelo para recoger su espada pero el brazo estaba tan firmemente trabado en las ruedas que apenas pudo inclinarse un poco. El esfuerzo aumentó la sensación de vértigo y dejó de discernir los límites de un objeto u otro.

Cerró los ojos. Sobre los bramidos de las criaturas oyó el entrecocar de las placas que componían la armadura del guerrero mientras este caminaba hacia él. Después, el silbido de la hoja abandonando la vaina.

Por último, un trueno.



[WWW.ELREYTRASGO.COM](http://WWW.ELREYTRASGO.COM)